

tales como *Jakob el mentiroso* y *El lector*), y los del comunismo, cuyo carácter de problema *démodé* puede llamar a engaño respecto de su verdadera importancia en la conciencia nacional alemana: como la catástrofe de 1945, la división de 1949 y la reunificación de 1990 marcan los hitos que la acosan, hitos que la narrativa ficcional –según aquí se postula y se explora– ocasionalmente permite nombrar, enfrentar, y exorcizar. Y a veces también ocultar y enmascarar, por supuesto.

Marcelo G. BURELLO

NAUPERT, Cristina: *Narrar en libertad. Transiciones literarias en España y Alemania Oriental*. Traducción de Cristina Delgado Fernández y Cristina Naupert. Pliegos: Madrid 2010. pp.

Cristina Naupert nos presenta, con gran lucidez y claro espíritu crítico, un estudio comparativo novedoso, por lo poco publicado hasta ahora, sobre el difícil tema por el que, de forma audaz, ha decidido transitar: las secuelas con las que la dictadura impregna el ámbito cultural y, en particular, la literatura y sus géneros narrativos. El trabajo centra su ámbito de estudio en una selección de autores que desempeñaron su labor literaria en una época que asistía a su propio desmoronamiento político y cultural. En España esta época inestable es la que sigue al año 1975, y en Alemania del Este la encontramos después de 1989. Se llama a escena, por lo tanto, a la Transición y al Cambio (*Wende*) para que nos hablen de lo que aconteció tras la abolición de la censura, “antes omnipresente y omnipotente”, en sus respectivos ámbitos culturales. Con un análisis preciso y gran capacidad de síntesis, la profesora Naupert va señalando las convergencias de ambos procesos de transición sin olvidar sus aspectos distintivos. En ambos casos se aprecia que la desaparición de los mecanismos de opresión se llevó consigo también viejos tabúes y las obvias limitaciones provocadas por el aislamiento cultural y el escaso o nulo contacto con los sistemas literarios de más allá de sus fronteras. Asistimos asimismo a la aparición de complejos temáticos inéditos y a la apertura de nuevas perspectivas en la técnica narrativa. La desintegración de los regímenes totalitarios hace que también se derrumben los sistemas de valores éticos y morales que conformaban las identidades culturales de los respectivos países. Como apunta la profesora Naupert: “este corsé era detestable, pero aun así formaba parte, aunque fuera de manera negativa de la autoconciencia cultural” (p. 15), y los intelectuales se vieron forzados a buscar y entender los nuevos parámetros ante los que tenían que pronunciarse en la nueva esfera pública.

El primer capítulo del libro está dedicado precisamente a este aspecto. Bajo el título “Torre de marfil o barricadas: escritores como intelectuales y su (no) participación en la búsqueda de orientación en procesos de cambio social” se presenta una interesante exposición sobre la reorientación mental y profesional de los literatos en este complejo marco de relaciones sociales trastocadas que impone la nueva vida en democracia. Otra vez se pueden apreciar factores de convergencia en el

difícil reajuste provocado por la pérdida de identidad cultural y social antes mencionada. Merece la pena reproducir la fuerza emocional con la que la autora nos describe el viaje anímico de los autores en esta época de transformaciones cruciales: “La euforia inicial se difumina rápidamente y la experiencia de la libertad como un delirio feliz se convierte de pronto en brusco desencanto que produce una molesta sensación de resaca permanente” (p. 30). En este proceso de desintegración de viejas estructuras y construcción de otras nuevas, la narrativa tiende puentes naturales hacia la memoria histórica, pero solo en casos excepcionales se trata de representar la realidad de forma objetiva; se abandona la “macro-historia” para buscar refugio en la memoria individual, en las “pequeñas historias” que narran experiencias subjetivas del cambio, en ocasiones con gran fuerza simbólica. Nauptert señala en este punto que para hacer un estudio más sistemático y exhaustivo, y añadimos justo, de las diferentes respuestas ante la nueva situación dada, hay que distinguir entre diferentes generaciones de autores, aspecto que relega, dada su importancia, a un capítulo posterior.

En el segundo capítulo les toca el turno a las divergencias y a los contrastes que se dan entre los procesos de transición que aquí son objeto de estudio. Como bien constata la autora, las diferencias más notables surgen, de forma necesaria, de las desiguales condiciones de partida en las que se desarrollaron la Transición española y el Cambio (*Wende*) en la Alemania Oriental. En este capítulo, titulado “Transición *versus* Cambio: dos dictaduras y su camino hacia la democracia”, se rinde cuenta de las condiciones específicas de la dictadura franquista y la germano-oriental, y se las compara en su categoría de regímenes autoritarios con aspiraciones de dominio y control sobre todos los individuos que tiene a su alcance. En cuanto a las diferencias entre sendas transiciones de un régimen dictatorial a un sistema democrático, merece la pena reseñar la principal diferencia de partida sobre la que la autora llama inmediatamente nuestra atención: en España el alcance de transformación afectaba a todo el país, mientras que en la antigua RDA, superar la dictadura suponía adoptar las estructuras democráticas que funcionaban en la otra Alemania a través de un proceso de reunificación nacional no exento de controversia; y es que, como se encarga con buen criterio de resaltar la autora, esa adopción se tenía que realizar mediante la adhesión a otro país con el que se compartía la lengua y, en general, las raíces históricas y culturales, pero cuyo sistema político, jurídico y económico era percibido por muchos como una amenaza difícil de calibrar.

La necesaria reubicación en esta nueva identidad social y cultural en las incipientes democracias, todavía con carencias, no puede sino afectar de manera decisiva a los intelectuales. Los literatos, que antes gozaban de una posición privilegiada, “antaño tan mimados y considerados”, nos dice la autora, desde la que cumplían su papel de voz crítica en la esfera pública, se ven relegados a una posición mucho más marginal a la que les cuesta acostumbrarse. Deben dejar su lugar preeminente y la función desempeñada bajo el régimen dictatorial, que consistía, entre otros aspectos, en funcionar como válvula de escape de las voces críticas; eso sí, siempre supervisados bajo el estricto control del aparato censor. Sus obras ya no son únicos referentes por defecto desde los que se puede ejercer veladamente la crítica social; ahora, ya

libres de censura, ese papel lo asumen en gran medida los medios de comunicación, y además se convierten en un producto entre otros muchos con los que tienen que competir para atraer a los consumidores, antes simplemente lectores. Naupert afirma que fueron sobre todo los autores ya consagrados en la Alemania Oriental los que más acusaron esta inmersión en la cultura posmoderna dada al relativismo del “todo vale”, nuevo mercado literario en la que la pérdida del favor del público acarrió a más de uno serios problemas de subsistencia.

En el tercer capítulo la profesora Naupert aborda en detalle, como nos había prometido, las respuestas literarias al proceso de transición, tanto en España como en Alemania oriental. Con rigor y desarrollando un encomiable trabajo de categorización y síntesis, nos presenta el panorama literario de ambas épocas contemplando tres generaciones de autores: las generaciones de la guerra, las generaciones intermedias y las generaciones de los más jóvenes. Tras analizar las diferentes reacciones de los autores más representativos en cada una de las categorías, y contrastando las respuestas españolas y las germano-orientales, ahonda en los grupos temáticos y tendencias formales que presentan las obras narrativas. En el apartado “La mirada hacia atrás: intentos literarios de enfrentarse en privado al pasado. Pérdida de la identidad y reorientación” se nos da cuenta del viaje emocional que los autores reflejan en sus obras. Aunque se pueden observar diferentes pautas en sus reacciones, la pérdida de certezas y convicciones ideológicas hizo que entre los intelectuales españoles se extendiera como una epidemia el desencanto, y entre los autores germano-orientales un estado de nostalgia, que acabó denominándose *status melancholicus*. La esfera privada cobra importancia, y desde ahí se nos narra el atasco emocional de los protagonistas literarios: traumas subjetivos, experiencias frustradas causadas por una sociedad asfixiante y por la consciencia de una vida malgastada y de sueños incumplidos. En general, son escasos los intentos de hacer trascender la historia individual al ámbito social mediante la representación del pasado desde una perspectiva realista. En el siguiente apartado, “La mirada hacia el presente y el futuro: la reelaboración literaria de las experiencias del periodo transicional. Llegada plácida o aterrizaje brusco en la democracia desconocida”, se sigue percibiendo el tono nostálgico y se agudiza la desvinculación de los autores ante cualquier intento de responsabilidad civil. Los narradores españoles, por lo general, reflejan sus “vuelcos existenciales” mediante caracteres que viven aislados en su microcosmos, frecuentemente dominados por una fuerte carga erótica, y que rehuyen cualquier responsabilidad en la sociedad: el entorno cargado de tensiones y conflictos parece no ser de su incumbencia. Los narradores germano-orientales, por el contrario, no permiten a sus personajes, con tanta frecuencia, buscar refugio en esos mundos paralelos, y afrontan la realidad bien mediante una visión lúdica, que ironiza con el patrimonio cultural y la memoria histórica, o bien mediante un surrealismo sombrío y un esilo narrativo muy personal.

En cuanto a lo que a la técnica narrativa se refiere, en este tercer capítulo se describe cómo la disolución del aparato censor, además de permitir cualquier tema, permite también la experimentación con cualquier forma. La libertad temática y formal dispara en muy poco tiempo la confusión en el mercado editorial, antes orde-

nado y previsible, pero además pronto se enfrenta a las limitaciones que impone otro mecanismo de control con el que parecía no haberse contado: las cifras de venta. Los autores tienen por fin acceso libre a toda la gama de modelos narrativos que le llegan desde más allá de sus fronteras, pero pronto toman conciencia de que tienen que dosificar su creatividad en función de las expectativas del consumidor. Es el lector quien decide ahora la dosis de experimentación, de juego técnico-formal y de esfuerzo por descifrar mensajes que está dispuesto a admitir. La consecuencia para ambas literaturas de transición es la adopción de modelos narrativos tradicionales, sin renunciar necesariamente a la complejidad estilística y técnica. Se impone el disfrute por la lectura, el entretenimiento y la construcción de relatos atractivos y sugerentes que no se vean obstaculizados por una excesiva pirotecnia formal. El redescubrimiento de los argumentos rectilíneos, de las buenas intrigas y del suspense recuerda a la narración realista heredada por la tradición histórico-literaria; sin embargo, se diluye el enfoque sociocrítico: la percepción subjetiva de los distintos individuos se niega a adquirir atisbos de validez general.

Por todo lo expuesto, Naupert llega a la conclusión de que, aunque la función de la literatura bajo los regímenes dictatoriales se asemeje al papel asumido por el realismo tradicional, en la democracia ya no es posible una exégesis literaria del mundo partiendo de un análisis global de la sociedad, tal como lo intentó la gran novela decimonónica; se produce una reorientación drástica, en parte provocada por unas nuevas reglas en las que las obras literarias se convierten en un producto cultural entre otros tantos con los que tiene que competir.

Destaca, en suma, la profundidad y esfuerzo metodológico en la caracterización del objeto de estudio. Es además de agradecer que frente a la mera descripción Naupert apueste por la finura analítica, favoreciendo así la actitud valorativa. La autora no se deja llamar a engaño y es consciente de la dificultad de ofrecer un retrato preciso, definitivo y, sobre todo, falsamente generalizador de la mella que dejaron los sistemas dictatoriales de la Transición y el Cambio en la producción literaria. El acercamiento apropiado para obtener una visión adecuada de los difíciles tiempos de transición tendrá que ser, como reconoce Naupert con honestidad y claridad de juicio, a través de las experiencias fragmentarias de los individuos aislados en las respectivas narrativas. No encontramos mejores palabras para concluir esta reseña que las de la propia autora cuando afirma que “tal vez del cruce de estas visiones, impresiones, recuerdos borrosos y olvidos deliberados de la memoria subjetiva nos podamos componer un cuadro que, por encima de las estadísticas estériles recogidas por la historiografía, nos ofrece una imagen emotiva de las distorsiones que un cambio político de tal envergadura inscribe en la identidad individual y colectiva”(p. 254).

María-Carmen GÓMEZ